

cia de Aledio (1): si aquí me molestan, ¿qué sería ahí?

Haz por Terencia todo lo que me escribes, y alivia de ese exceso de amargura un corazón abrumado por tantas pesadumbres. Quiero demostrarte, sin embargo, que no me domina el dolor. Has designado en tus anales bajo qué cónsules fueron á Roma Carneades (2) y los otros diputados. Quisiera saber por qué razón fueron. Supongo que por el asunto de Oropo (3), pero no estoy seguro de ello: siendo así, ¿qué discutieron? Deseo saber también si en aquella época existía en Atenas algún epicúreo famoso que presidiese los Jardines (4), y cuáles eran los filósofos políticos más renombrados. Creo que todo esto podrás encontrarlo en Apolodoro (5).

Con mucho sentimiento he sabido que Atica se encuentra indispuesta, aunque levemente, y espero que se restablecerá pronto. Lo que me dices de Gamala no era dudoso para mí. ¿Por qué había de ser Ligo padre tan feliz? ¿Qué podría decir de mí mismo, á quien toda la felicidad del mundo no podría consolar ni un momento? El precio en que han comprado los jardines de Druso es el mismo de que me habías hablado, y creo que hice mención en mi

(1) Este Aledio había exhortado sin duda á Cicerón en el año anterior para que acudiese al Senado, empleando importuna insistencia.

(2) Carneades el académico, Diógenes el estoico, y Cristolacis el peripatético fueron á Roma bajo el consulado de P. Cornelio Escipión Nasica y de M. Claudio Marcelo en el año 599.

(3) Los Atenienses depararon al Senado y pueblo romano estos tres filósofos para obtener el perdón de la multa de quinientos talentos impuesta á su República en castigo por el saqueo del templo de Oropo.

(4) Los peripatéticos tenían su Liceo, los estoicos su Pórtico, los platónicos su Academia y los epicúreos sus Jardines en una quinta de Epicuro, cerca de Atenas.

(5) Apolodoro escribió la vida de su maestro Epicuro, y Anales que frecuentemente cita Diógenes Laercio.

carta de ayer. Pero cueste lo que cueste: el precio nada importa á quien no puede prescindir del objeto. Sea la que quiera tu manera de ver en este asunto, quiero quitarme este peso del corazón. No calmará mi dolor, pero habré pagado una deuda sagrada. He escrito á Sica para que se vea con Cotta. Si no se consigue nada al otro lado del Tiber, será necesario ver una finca que tiene Cotta en uno de los parajes más frecuentados de Ostia. Es muy pequeña, pero basta para lo que yo deseo. Desearía que pensaras en ello. Que no te alarme el precio: la vajilla, los muebles, la quinta de recreo, no me son necesarios, y esto sí es una necesidad. Habla, pues, á Silio; esto es lo mejor. También he encargado á Sica que le vea: éste me contesta que está citado con él y que me escribirá lo que haga: díme tú lo que piensas.

CARTA XXIV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Silio me ha favorecido transigiendo, porque quería yo corresponder á su confianza y temía no poder hacerlo. Termina con Ovia, según me escribes. Creo que ha llegado para Cicerón el momento oportuno: pero una vez en Atenas, ¿podrá recibir allí por permutación el dinero que necesite, ó será necesario remitírselo? Deseo que examines todo esto, y especialmente la manera y el instante. Por Aledio podrás saber si Publio va á Africa y en qué época. Infórmate y escíbeme. Volviendo á mis impertinentes preguntas, quisiera saber si P. Crasso, hijo de Venuleya (1),

(1) Estas preocupaciones por los muertos y los deudos de los muertos indican que Cicerón trabajaba entonces en su libro de *De*

murió antes que su padre P. Crasso el consular, como creo recordar, ó después. Lo mismo deseo saber en cuanto á Regilo, hijo de Lépido. Paréceme cierto que vivía su padre cuando murió él, pero no estoy seguro de ello. Procura esclarecer los asuntos de Crispio y de Precio. Me regocijan las noticias de Ática: salúdala de mi parte, como también á Pilia.

CARTA XXV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Con mucha puntualidad me ha escrito Sica acerca de Silio: me dice lo que habló contigo, siendo lo mismo que tú me has escrito. La cosa y el precio me convienen; más prefiero tratar por dinero contante que por cambio, porque Sica no querría una propiedad de recreo; y en cuanto á las productivas, si tengo bastantes, no tengo demasiadas. Falta encontrar el dinero. Puedes ante todo pedir á Hermógenes sus seis mil sextercios, puesto que es necesario: tengo otros seis mil en casa: y en cuanto al resto, pagaré á Silio el interés mientras paga Febrario, ó le daré una delegación de Febrario contra alguno de sus deudores. Espero además otros ingresos. Tú tienes que arreglar todo esto. Prefiero con mucho estos jardines á los de Druso, con los que no pueden compararse. Un motivo solamente me impulsa, créeme; creo que esto frisa en demencia, pero te

Consolación, así como los datos que con relación á esto pide á Ático demuestran que éste hacía recopilaciones históricas y que escribía también Anales. El padre de este P. Crasso fué cónsul con Cn. Cornelio Léntulo Clodiano en 656.

compadecerás de mí hasta el fin. En cuanto á lo que me dices de la ancianidad de un ciudadano (1), no se trata de eso, y pienso en cosa muy diferente.

CARTA XXVI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Según me escribe Sica, vendría el x de las kalendas (2), aunque nada hubiese convenido con Silio. Acepto la excusa de tus ocupaciones, que conozco bien. No dudo de tu voluntad de vivir conmigo, más aún, de tu deseo, de tu anhelo. No me encuentro en posición de aprovechar la bondad de Nicias: de no ser así, aprovecharía su sociedad con más gusto que la de cualquier otro: pero desgraciadamente me están impuestos la soledad y aislamiento. Por lo mismo que Sica se conforma, es más profundo mi sentimiento. Conoces además la débil salud de Nicias, sus costumbres de molicie, las exigencias de su alimentación. ¿Por qué he de exponerme á que se encuentre á disgusto en mi casa, cuando por su parte de nada podría servirme? Le agradezco sin embargo la intención. He decidido no contestar á cierto punto de tu carta, porque creo haber conseguido de tí que me libraras de este pesar. Mis saludos á Pilia y á Atica.

(1) «Hermoso es envejecer al servicio de la patria.» frase de Catón.

(2) 23 de marzo.

CARTA XXVII.

CICERÓN Á ÁTICO. SALUD.

Aunque ignoro las condiciones del negocio con Silio, creo que hoy me comunicará Sica los detalles. Dices que no conoces la finca de Cotta: está más allá de los jardines de Silio, que creo conoces. Es una quinta fea y pequeña, en la que no hay espacio para nada, y no es esto lo que deseo. Necesito un paraje alegre. Además, si se termina, mejor dicho, si terminas con Silio, porque todo depende de tí, no tendremos que ocuparnos de Cotta. Seguiré tu consejo en cuanto á Cicerón, dejándole la elección del tiempo. Cuidarás, según espero, hacerle entregar por via de permuta el dinero que necesite. Si averiguas por Aledio algo de lo que me dices, escribeme. Observo en tus cartas lo que sin duda te llama la atención en las mías, que no tenemos nada que decirnos. Nos repetimos y no hacemos otra cosa que apelar á asuntos agotados desde hace mucho tiempo. Por mi parte, escribo para hacerte escribir, porque no puedo prescindir de tus cartas. Háblame de Bruto, si algo sabes de él. Creo que ya debe conocerse el paraje donde espera á Pansa (1). Si, como de costumbre, es á la entrada de la provincia, llegará hacia las kalendas. Desearía que fuese más adelante, porque tengo muchas razones para mantenerme completamente alejado de Roma. Hasta dudo si debería pagarle con alguna excusa, que fácilmente encontraría. Tiempo tengo para pensar en ello. Mis saludos á Pilia y Atica.

(1) Vese aquí una formalidad de las que se observaban en la entrega de las provincias. El gobernador que salía la entregaba á su sucesor.

CARTA XXVIII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Nada más me ha dicho Sica acerca de Silio, de lo que me había notificado por escrito. Su carta era muy exacta. Si por tu parte puedes ver á Silio, me dirás lo que conven-gáis. Me hablas de una persona que se me envía; ignoro si esa persona tiene ó no tiene misión acerca de mí: lo cierto es que no ha desplegado los labios. Continúa, pues, tu obra, y si, contra lo que espero, consigues resultado, considera si será bueno presentar á Cicerón. Conviene que muestre él sus buenas intenciones hacia esta causa; por mi parte una sola cosa me interesa; tú la conoces y sabes que es importante (1). Deseas verme recobrar mis costumbres: muy antigua es en mí la de llorar por la República. Pero antes lloraba sin ser tan desgraciado: tenía donde descansar mi corazón. Hoy nada hay que me interese, ni siquiera la vida; por lo cual me importa muy poco la opinión. Tengo mi sentimiento, que coloco muy por encima de todos los discursos. He buscado consuelo en las cartas, y algo he ganado aprendiendo á contenerme; pero en el fondo mi dolor es igual. No puedo vencerle, y si pudiese, no querría. Has adivinado bien mis intenciones relativamente á Triario: sin embargo, no hagas nada sin ponerte de acuerdo con ellos. Quería mucho á ese difunto; soy tutor de sus hijos, y tengo grande afición á toda su familia. En cuanto á Castricio (2), si quiere recibir el dinero de sus

(1) El dolor por la pérdida de su hija y el cuidado del monumento que quería alzar.

(2) Había vendido esclavos á Q. Cicerón, y no habiendo pagado éste en el plazo convenido, Castricio quería recobrarlos.

esclavos y si consiente en que se le pague, como se paga hoy (1), nada hay seguramente más sencillo. Si, por el contrario, se conviene en devolvérselos, puesto que me pides mi opinión, no me parece justo. No quiero que se ponga en apuro á mi hermano Quinto; y, si he comprendido bien, tú tampoco quieres. Puesto que Publilio espera el equinoccio de primavera, como anuncia Alelio, es que debe embarcarse. Me había dicho que solamente para Sicilia, y quisiera saber para dónde y cuándo. También desearía que, de tiempo en tiempo y sin molestarte, fueses á ver al niño Léntulo (2) y le destinaras el número de esclavos que te pareciese. Mis recuerdos á Pilia y Atica.

CARTA XXIX.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Según me escribes, hoy es la entrevista con Silio; mañana, pues, ó todo lo más pronto que puedas, me comunicarás lo que haya de hecho. No trato de evitar á Bruto; no porque de él espere el consuelo más insignificante, pero tengo razones para no mostrarme en estas circunstancias. Si se prolongan estas razones, lo cual es muy verosímil, necesario será buscar algún medio para excusarme con él. Te ruego prestes atención al asunto de los jardines, que para mí tiene capital importancia. No puedo vivir en medio del movimiento ni separado de tí. No es posible encontrar paraje mejor para mi propósito, y ya veo cuánto haces por

(1) No en dinero, sino en propiedades de cualquier clase, apreciadas según su valor antes de la guerra civil, mucho más alto sin duda alguna al que tuvieron después. César había decretado esto, tanto en ventaja de los deudores, como para que los acreedores no temiesen la abolición de deudas.

(2) Hijo de Tulia y de Dolabela.

conseguirlo. Lo veo principalmente por los testimonios de profundo interés que Oppio y Balbo, según te parece, están dispuestos á darme. Cuando hables con ellos, díles por qué razón y hasta qué punto deseo esa adquisición, pero que no puedo conseguirla si antes no termino con Faberio. ¿Qué me aconsejarán? ¿Deberé perder algo para conseguir en dinero contante todo lo que pueda obtenerse de él? porque creo ya imposible el reembolso completo. Examina, en fin, hasta dónde se extienden sus buenas disposiciones hacia mí: si ellos me secundan, obtendré poderoso apoyo: si se niegan, buscaremos otro camino. No olvides que se trata del descanso de mi vejez, quizá de la corona de mi tumba. No pensemos más en Ostia. Si este asunto se malogra, como no creo pueda esperarse nada de Lamia, será necesario tantear á Demasippo.

CARTA XXX

CICERÓN Á ATICO SALUD.

Busco asunto para escribirte, y nada encuentro. Todos los días me sucede lo mismo. Has visto á Léntulo, y te lo agradezco infinito. Te ruego destines algunos esclavos á su servicio; decide tú mismo el número y elígelos. ¿Quiere vender Silio? ¿por qué precio? parece que temes una negativa ó precio exorbitante. Sica no piensa de ese modo; pero confío en tí. He escrito á Egnacio, como me había rogado Sica. Silio desea que hables á Clodio; hazlo con beneplácito mío; porque prefiero no tener que escribirle yo mismo, como primeramente me pidió Silio. Paréceme que lo mejor que puede hacer Egnacio (1) es transigir con Cas-

(1) Esto indica que Egnacio era intermediario entre Castricio y Q. Cicerón en el asunto de los esclavos.

tricio en cuanto á los esclavos, y tú crees posible el arreglo. Te ruego procures terminar con Ovia. Habiéndote sorprendido la noche escribiendo, espero más en la carta de hoy.

CARTA XXXI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Sica se admira de que Silio haya cambiado de parecer. Mucho más me admiro yo de que, habiendo alegado el pretexto de su hijo (lo cual no me parece injusto, puesto que su hijo le complace en todo), se encuentre dispuesto aún, según dices, á pesar de su declaración, á tratar conmigo, si le compro á la vez otros jardines de que quiere deshacerse. Me preguntas mi última decisión, y cuánto aumentaría sobre el precio de los jardines de Druso. Nunca he visto esos jardines, y en cuanto á la quinta Caponiana la conozco; habitaciones viejas y pequeñas, pero bosques magníficos. No sé lo que producen estas fincas, y es un dato indispensable; pero el negocio es para mí más de conveniencia que de especulación. Considera solamente si me encuentro ó no en estado de comprar. Liquidada mi crédito con Faberio, y no vacilaré en tratar, dinero en mano, con Silio, en el caso de que se decida á vender. Si se niega, subiré con Druso hasta la cantidad que pediría según te ha dicho Egnacio. Hermógenes puede ayudarme mucho en cuanto al dinero contante. Te ruego me concedas que me presente como hombre dispuesto á comprar; dispénsame esta preocupación, que, en último caso, no es tan fuerte, ni me domina hasta tal punto el dolor que no me deje guiar completamente por tí en este negocio. Egnacio me ha escrito. Si tú le has visto, escíbeme lo que te haya

dicho: nadie se encuentra en mejor posición para servirme de mediador, y creo que es necesario obrar por éste lado, puesto que veo que Silio no se decide. Mis recuerdos á Pilia y á Atica. Esto está escrito de mi puño. Te ruego decidas lo que haya de hacerse.

CARTA XXXII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Me escribe Publilia (1) que su madre quiere venir á verme con él (ha querido decir con Publilio), y me pide permiso para acompañarles, empleando súplicas y ruegos para que consienta en ello y le conteste. ¡Considera si puede haber cosa más molesta! Le contesto que el dolor me agobia hoy más que cuando le manifesté mi voluntad de estar solo, y que, en mi situación, me es imposible consentir en verla. He pensado que no contestando, vendrían la madre y la hija; ahora no creo que lo hagan, tanto más, cuanto que claramente se ve que le han dictado la carta. Creo, sin embargo, que de un día á otro vendrán, y que solamente hay un medio para evitarlo: negarme terminantemente; pero no he querido hacerlo. Te ruego averigües cuántos días puedo permanecer aquí sin temor de sorpresa, obrando con discreción, según me prometes.

Si te parece justo, desearía propusieras á Cicerón que se limite á gastar durante su ausencia lo que habría gastado en Roma si hubiese alquilado una casa como quería, y que se acomode á las rentas de mis propiedades de Argileto y del monte Aventino. Hecho esto, arregla los deta-

(1) Cicerón no la había repudiado aún; mas por la manera con que la trata, compréndese que el repudio estaba cerca.

les, especialmente en cuanto á la manera de remitirle los fondos á medida que los necesite. Aseguro que Bíbulo, Asidino y Messala, que también van á Atenas, según me han dicho, no gastarán más de lo que obtienen de sus propiedades. Desearía que vieses á quiénes se puede alquilar, y en cuánto. Después procura encontrar medio de remitir el dinero á día fijo, y proporcionarle, en fin, cuanto necesite en metálico y efectos para el viaje. Indudablemente en Atenas no necesita caballos. En cuanto á los que ha de emplear en el camino, como tú observas, en casa tiene más de los necesarios.

CARTA XXXIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Como ayer te dije, si las disposiciones de Silio son tales como supones, y si Druso se muestra demasiado exigente, creo que debes sondear á Demasippo. Creo que ha dividido en lotes de no sé cuánta extensión lo que posee á lo largo de la ribera, y quiere establecer precios fijos para estos lotes; pero no los conozco. Escríbeme lo que hagas.

La indisposición de Atica me inquieta mucho. Creo que alguien tiene culpa en ella; pero cuando pienso en la honradez del maestro, la asiduidad del médico, y la diligencia de toda la servidumbre, se hace imposible toda sospecha. Cúdalas mucho. No puedo hacer más que desearlo.

CARTA XXXIV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Aunque sin Sica, me encuentro aquí tan bien como permiten mis males: Tirón está mejor: me avisas la posibilidad de una sorpesa, y deduzco que no sabes el día fijo de la partida de quien me amenaza, pareciéndome lo más sencillo en este caso marchar á reunirme contigo, tanto más, cuanto que, como veo, tú lo deseas también. Mañana, pues, me encontraré á las puertas de la ciudad, en casa de Sica, desde donde, siguiendo tu consejo, pienso dirigirme hacia el lado de Ficulea (1). Puesto que voy á verte, de viva voz contestaré á lo que me escribes; diciéndote ahora solamente cuánto te agradezco tu benévola actividad, tu inteligencia y cuidado para tratar mis asuntos, aconsejarme y resolver.

CARTA XXXV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Quisiera que el mismo día en que llegue á casa de Sica me hicieses saber qué has convenido con Silio, y especialmente qué parte de terreno quiere reservarse. Me dices que es un extremo, pero necesito saber si no es precisamente la parte que yo he visto y que me decidió al negocio.

(1) Ficulea ó Ficulnea, según Tito Livio. Esta ciudad de la Sabina había dado nombre á un camino que se llamaba *Vía Ficulensis*. Y también *Nomentana*, porque comenzaba en la puerta *Nomentum*. Cerca de esta ciudad quería Cicerón elevar un templo á su hija.

Te remito una carta muy amable que acabo de recibir de Hircio.

Nunca se me hubiese ocurrido, antes de nuestra última entrevista, que gastando en una tumba más de no sé qué cantidad, marcada por una ley, queda uno expuesto á una multa igual al exceso (1). Poco me cuidaría de esto, si no fuese porque, sin saber bien por qué y tal vez sin razón, tengo empeño en que esta tumba no sea otra cosa que un templo, y mucho temo que para un templo se necesite otro emplazamiento. Te ruego que consideres esta dificultad, porque, si bien menos abatido y casi restituído á mi estado normal, necesito sin embargo tus consejos. Así, pues, te suplico encarecidamente, y más de lo que tú quieres que te ruegue, que medites bien este asunto.

CARTA XXXVI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Deseo construir un templo; y nada podrá hacerme cambiar de idea. Procuraré evitar su semejanza con una tumba, menos á causa de la penalidad de la ley, que para significar lo mejor posible una apoteosis. Si se construyese en el interior de la quinta, no habría dificultad; pero, como frecuentemente te he dicho, me espanta el cambio de dueño. Alzado en medio del campo ó en cualquiera otra parte, puede confiarse en el respeto de la posteridad. Necesario es que me dispenses estas locuras, que como tales las confieso. Hablo contigo con más confianza que con ningún otro, quizá con más aún que conmigo mismo. Si apruebas el propósito, el paraje y el plano, te ruego que leas la ley

(1) La ley suntuaria de César se extendía hasta las tumbas.

y me la remitas; y si se nos ocurre algún medio de eludir-la, lo pondremos en planta.

Cuando escribas á Bruto, si no te parece mal, reconvénle por no haber ido á Cumas alegando el motivo que te dijo. Cuanto más pienso en ello, más me parece que ha faltado á las conveniencias.

Volviendo á lo primero, te diré que si te dignas ocuparte del templo en el sentido que te digo, quisiera que decidieses é instases á Cluacio; porque, hasta con otro emplazamiento, recurriría también á su diligencia y consejo. Quizá irás mañana á la quinta.

CARTA XXXVII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Ayer recibí dos cartas tuyas, fechadas las dos en la víspera: una por conducto de Hilario, y la otra traída por un mensajero. El mismo día me trajo otra carta mi liberto Egipta, carta que me trae la noticia del restablecimiento de Pilia y Ática. Ésta tiene trece días de fecha. Muy grato me ha sido que me comuniques lo que te ha escrito Bruto. También me ha escrito á mí, y te remito su carta y copia de mi contestación. Si no encuentras jardines para el templo (y es seguro que los encontrarás si haces lo que indudablemente has de hacer), tu idea de Túsculo me agrada mucho. A pesar de la penetración que te reconozco, solamente el afecto de tu cariñosa amistad podía sugerirte idea tan bella. Pero tengo verdadero empeño, por no sé qué secreta preferencia, en elegir punto muy concurrido. Procúrame, pues, jardines. En achaque de afluencia, no los hay como los de Scápula; teniendo además la ventaja de encontrarse muy cerca de tí y no tener que perder un

día entero para ir á tu villa. Procura ver á Othón antes de tu marcha, si se encuentra en Roma. Si nada puede hacerse por este lado, experimentaré hasta el extremo tu complacencia por mis debilidades. Druso está decidido á vender, y no encontrando nada en otra parte, falta sería no tratar con él. Te ruego, pues, que no me dejes hacer un mal negocio, y trata con Scápula, si es posible. Este solo medio existe. Suplícote me digas cuánto tiempo piensas permanecer en tu quinta suburbana.

Muy necesarios me son tu favor y ascendiente con Terencia, pero en todo según tu iniciativa. Bien sé que desde el punto en que mis intereses están en juego, tu actividad será más eficaz aún que la mía propia, según costumbre. Hircio me escribe que Sexto Pompeyo ha abandonado á Córdoba, que se retira hacia la España citerior, y que Cneo se ha fugado no sé dónde, ni me cuido de saberlo (1). Nada más me dice. Su carta está fechada en Narbona el xiv de las kalendas de mayo (2). Me hablas del naufragio de Caninio (3) como de hecho dudoso. Si recibes alguna noticia positiva, comunícamela. Dices que debo dominar mi tristeza: así lo deseo. Encuéntrame paraje para mi templo. Se me ocurren muchas ideas para la apoteosis, pero se necesita emplazamiento para edificar. Así, pues, habla con Othón (4).

(1) Descubierta en una caverna, fué capturado y muerto. La cabeza se la llevaron á César.

(2) 18 de abril.

(3) Este naufragio no era cierto, ó el náufrago se había salvado, porque en el momento en que escribía Cicerón, Caninio mandaba la plaza de Hispali, que se había entregado á César.

(4) Uno de los herederos de Scápula, que deseaba los jardines y estorbaba mucho á Cicerón, que quería comprarlos.

CARTA XXXVIII.

CICERÓN A ATICO. SALUD.

Estoy seguro de que tus muchas ocupaciones te han impedido escribirme. Pero ese hombre ha sido un malvado no esperando tu conveniencia, cuando para eso solamente le enviaba. Como no te haya retenido algún obstáculo, estoy seguro de que te encontrarás en tu quinta suburbana. Paso aquí los días enteros escribiendo, si no para consolarme, al menos para distraerme. Asinio Polión me ha escrito acerca de nuestro indigno pariente (1). Díceme terminantemente lo que Balbo el joven y Dolabela me habían indicado ya: el primero con bastante claridad; el segundo con rodeos. Si en mi corazón hubiese lugar para nuevos pesares, sufriría. ¿Se vió jamás tamaña infamia? ¡Qué terrible es ese hombre! En cuanto á mí... pero debo imponer silencio á mi dolor. Como no hay necesidad, no me escribas si no tienes tiempo disponible. Dices que comienza á notarse mi poca energía y que hablan en términos más fuertes que tú y que Bruto: los que me creen abatido y debilitado, que vean lo que escribo y los asuntos que trato (2); entonces juzgarán, si tienen alguna inteligencia, si el hombre cuya cabeza está bastante libre para abordar cuestiones tan difíciles merece el dictado de abatido, y si antes no hay que alabarle por haber sabido dar á sus pesares diver-

(1) El hijo de Q. Cicerón, sobrino de Cicerón y de Atico. Encontrábase con César en España, donde difamaba á su tío, como había hecho ya, en unión de su indigno padre, después de la batalla de Farsalia.

(2) Escribía entonces sus libros *De Finibus* y sus *Cuestiones Académicas*.

sión tan honrosa y digna de espíritu ilustrado. Mas cuando hago yo cuanto puedo por ayudarme, haz tú aquello en que veo no trabajas menos que yo. Paréceme que me pesa una deuda, y no experimentaré alivio hasta que pueda pagarla ó verme en condiciones de hacerlo; esto es, cuando haya encontrado el terreno que deseo. Si, como te ha dicho Othón, los herederos de Scápula piensan dividir en cuatro partes los jardines y pujar entre ellos, no hay medio de presentarse. Si venden en junto, ya es diferente, y veremos lo que debemos hacer. Han venido á hablarme del campo Publiciano, que pertenece á Trebonio y á Cusinio; pero tú sabes que es un terreno desnudo, que no me agrada. La finca de Clodia es muy á propósito, pero desgraciadamente no creo que esté en venta. Necesario será que, á pesar de tu repugnancia, vuelva á los jardines de Druso como mi último recurso, si no me encuentras algo. Las construcciones no me agradan, y solamente edificaré aquello que me vea obligado á construir en cualquier parte. He leído *Ciro* (1) con igual placer que las otras obras de Antísthenes, escritor más agudo que erudito.

CARTA XXXIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Cuando ví llegar al mensajero sin cartas tuyas, creí que no me habrías escrito por haberlo hecho la víspera acerca de los diferentes asuntos en que contestaba yo en la carta

(1) Los dos tratados de Antísthenes, jefe de la secta cínica, intitulados *Cyrus*: el uno se encuentra en el cuarto volumen de sus obras, y el otro en el quinto, según la lista de los escritos de este filósofo que dejó Diógenes Laercio.

que llevó. Esperaba, sin embargo, algunas líneas tuyas acerca de la de Asinio Polión, pero calculo tus ocios por los míos. Así, pues, aunque envío de nuevo el mensajero, no me escribas sino en caso necesario, á no ser que te encuentres muy desocupado. Enviaría mensajeros, según me dices, si se presentasen casos urgentes, como en la época en que diariamente, á pesar de encontrarnos en la más corta del año, partía una carta y venía la contestación. Entonces teníamos de qué llenar nuestra correspondencia: Silio, Druso y otros muchos. Hoy, sin Othón, nada tendríamos que decir, y hasta este asunto ha quedado aplazado. Sin embargo, alivio es para mí en la ausencia hablar contigo, y mayor bienestar experimento cuando leo tus cartas. Pero no te encuentras en Roma, según creo, y en este caso, puesto que no existe necesidad de escribir, suspendamos la correspondencia, á no ser que ocurra algo nuevo.

CARTA XL.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Cuál ha de ser la réplica de César á mi elogio de Catón, la veo en el libro que me ha remitido Hircio, en el que ha recopilado todo lo peor que puede decirse de Catón, mezclando grandes alabanzas á mi persona (1). He enviado este libro á Musca para que lo entregue á tus copistas, porque quiero publicarlo; y para que esto sea pronto, diles algo tú. Con frecuencia pienso en Συμβουλευτικόν (2), pero

(1) El *Anticatón* de César, en contra del *Elogio de Catón*, por Cicerón. No queda nada de ninguno de estos escritos.

(2) Alguna carta en que daba consejos á César acerca del gobierno, del género de las de Theopompo y Aristóteles á Alejandro.

nada se me ocurre (1). Tengo á la vista los discursos que dirigieron á Alejandro Aristóteles y Theopompo, pero ¿qué relación existe? El lenguaje es á la vez honroso para ellos y lisonjero para Alejandro: ¿crees que las circunstancias permitan hoy algo parecido? A la verdad, nada se me ocurre.

Temes, según me escribes, que el exceso de mi pesar me perjudique en la opinión pública y debilite la consideración de que gozo. Pero, en último caso, ¿qué me censuran y qué quieren de mí? ¿Que no esté triste? ¿acaso es posible esto? ¿Que no me entregue, al menos por completo, al dolor? Pero ¿quién se abandona á él menos que yo? ¿He rechazado alguna visita en la época en que me albergaba en tu casa? ¿Hay alguien que tuviese que quejarse entonces de mi acogida? Desde tu casa marché á Astura, é invito á esas gentes de corazón alegre á que lean otro tanto de lo que he escrito. Pero no es esta la cuestión, sino que ningún ánimo enfermo acomete el asunto que he tratado yo. Pasé treinta días en mi quinta. ¿Dejaron algo que desear mi manera de recibir y mi lenguaje? Ahora también leo y escribo alternativamente, y veo á los que viven conmigo más apurados para soportar su ocio que yo mi trabajo. ¿Dicen, en fin, que por qué no estoy en Roma? porque no hay nadie. ¿Por qué no he de preferir cualquiera quinta mía, que son más propias de la estación? porque no soportaría fácilmente la sociedad. Además, ¿no me encuentro donde el hombre que poseía la casa más hermosa de Baias nunca dejaba de pasar esta época del año? Si me encontrase en Roma, nada tendrían que decir de mi semblante ni de mi lenguaje. En cuanto á mi antigua alegría, mi preservativo contra las miserias del tiempo, me abandonó para siempre.

Paréceme que tanto por tu influencia como por la mía,

(1) No dejó, sin embargo, de escribir la carta, aunque no la remitió.

podremos conseguir que se saquen á subasta los jardines de Scápula. Este es el único medio para conseguirlos. Una vez abierta la subasta, toda la riqueza de Othón no igualará á mi deseo. Lo que me dices de Léntulo no importa nada para el negocio. Asegurémonos de Faberio, no aflojes en tu actividad y conseguiremos nuestro deseo.

¿Me preguntas cuánto tiempo he de permanecer aquí? muy poco, pero todavía no he decidido la marcha. En cuanto la fije, lo sabrás. Dime por tu parte cuánto tiempo permanecerás en tu quinta suburbana. Hoy mismo, en el momento en que te escribo, recibo cartas y mensajeros que me dan idénticas noticias que tú acerca de Pilia y de Atica.

CARTÁ XLI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Nada tengo que escribirte, pero deseo saber dónde te encuentras, si has dejado la ciudad, si vas á dejarla y cuándo regresarás. Dime todo esto. Por tu parte me preguntas cuándo marcharé de aquí. Pernoctaré en Lanusio al día siguiente de los idus, y al inmediato llegaré á Túsculo ó á Roma. ¿A qué punto de los dos? muy pronto lo sabrás. Bien sabes cuánto agria la desgracia, y no porque yo te haya hecho experimentarlo: pero la idea de ese templo no me abandona, y si no veo alzarlo, no como esperanza, sino en realidad, te advierto, y tú lo soportarás con paciencia como de costumbre, que mi mal humor recaerá sobre tí. Sin razón será, no lo niego, pero no por eso dejarás de tener que soportarlo, como todo lo que soportas, como todo lo que has soportado ya por mí. Ya te he mostrado mi objeto y mi único consuelo: á él deben dirigirse todos tus esfuerzos. El orden de mis preferencias es este: primero Si-

lio, después Clodia, en seguida, si Silio no quiere vender y Druso tiene exigencias exorbitantes, Cusinio y Trebonio. Creo que existe otro propietario: al menos estoy seguro de que lo ha sido Rebelio (1). Después de todo, si te agrada la idea, Túsculo, como me has manifestado en algunas cartas, la acepto. Pero de una ú otra manera, concluye pronto, te lo ruego, si quieres aliviarme de este enorme peso, en vez de reconvenirme, como lo haces con severidad, á lo que no me tiene acostumbrado tu indulgencia. Esa severidad te la inspira el cariño, y tal vez he agotado tu paciencia. Sin embargo, si quieres consolar mis penas, ese medio es el mejor de todos y, á decir verdad, el único.

¿Has leído la carta de Hircio, que á mi juicio puede considerarse como verdadera muestra de la diatriba de César contra Catón? Si tienes lugar para ello, dime tu opinión.

Vuelvo á lo del templo: si mi deseo no se realiza este verano, cuando el verano está comenzando ahora, no me consideraré libre de un delito.

CARTA XLII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

No puedo quejarme de tu exactitud, puesto que diariamente he recibido carta tuya, viendo y comprendiendo por ellas que nada tenías que decirme. Desde el vi de los idus (2) has debido ausentarte, porque he dejado de recibir noticias tuyas: yo no dejaré de mandarte un mensajero

(1) C. Caninio Rebelio, que fué teniente de César y á quien éste hizo consul en 31 de diciembre, después de la muerte del cónsul Q. Fabio Máximo, y que no comió ni durmió durante su consulado.

(2) 8 de junio.

casi todos los días. Prefiero que recorra inútilmente el camino, á dejarte sin medios de comunicacion en caso necesario. He recibido tu carta vacía del vi de los idus: ¿y qué podías escribirme? pero no siento saber hasta que nada tienes que escribirme. Sin embargo, algo me decías de Clodia, aunque no recuerdo qué. ¿Dónde está? ¿cuándo vuelve? A falta de los jardines de Othón, los suyos son los que me agradan más. Pero dudo que quiera vender: se complace en ellos y es rica. En cuanto á Othón, demasiado sabes cuántas dificultades se presentan. Pero, en fin, hagamos todos los esfuerzos posibles, te lo ruego, y conseguiremos el objeto. Probablemente partiré mañana. Marcharé á Túsculo ó á Roma, y en seguida quizá á Arpino. Cuando me encuentre decidido, te lo participaré. Se me había ocurrido aconsejarte precisamente lo que estás haciendo; y me parecía mucho más cómodo para tí hacerlo dentro de tu casa, evitando toda pregunta.

CARTA XLIII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Como ya te he dicho, al día siguiente de los idus (1) pienso descansar en Lanuvio, desde donde marcharé á Roma ó á Túsculo: te lo avisaré á tiempo. Nada me dices acerca de si tengo razón para unir ideas consoladoras á la realización de mi proyecto: apruebo tu silencio: cosas son éstas que, á la verdad, no podías juzgar tú. Posible te era, sin embargo, medir mi impaciencia por la confesión que te he hecho, á pesar de que no te creo muy partidario de los pensamientos que me dominan. Si me engaño, has de dis-

(1) 14 de junio.

pensar mi error. ¿Qué digo dispensar? has de ayudarme. Othón me inquieta, pero quizá temo porque deseo. Y á la verdad, este asunto es superior á mis fuerzas, sobre todo con un competidor apasionado, rico y que hereda. Inmediatamente después de Othón, Clodia; y si nada conseguimos por uno y otro lado, te ruego que busques por otra parte. Me considero ligado por un voto religioso, y mucho más ligado que lo estuvo nadie jamás. Ve también los jardines de Trebonio. Los propietarios están ausentes; mas ¿qué importa? En último caso, como ayer te decía, piensa en Túsculo, por temor de que pase el verano, que es lo que á toda costa hay que evitar.

CARTA XLIV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Hircio te ha mostrado simpatía por mí y yo se lo agradezco; pero mucho más te agradezco á tí que no hayas querido remitirme su carta: tú acción ha sido muy delicada. En cuanto al libro que me ha enviado acerca de Catón, deseo que los tuyos lo divulguen, á fin de que el contraste de indignas diatribas haga resaltar más el elogio del gran ciudadano. Bien haces en emplear á Mustela: es hombre idóneo, y me es muy adicto desde el asunto de Ponciano. Procura conseguir por su medio el resultado. No necesitamos otra cosa sino que dejen el campo libre á los compradores, y para esto basta la voluntad de cualquiera de los herederos. Supongo que Mustela no se negaría á ello. Bajo este último aspecto nada tienen de conveniente la finca de Silio ni la de Druso. ¿Puede un propietario permanecer todo el día sentado en su quinta? Desearía ante todo Othón, y después Clodia. A fálta de esto, usemos de la astucia con

Druse ó volvamos á Túscolo. Prudente partido es haberte encerrado en tu casa. Mas te ruego que te apresures á recobrar la libertad para que me seas devuelto. Como ya te he dicho, marcharé de aquí á pernoctar en Lanuvio al día siguiente de los idus, y al inmediato en Túscolo. He luchado, y si persevero, creo que venceré. Quizá mañana, ó pasado mañana lo más tarde, podrás juzgar. ¿Pero qué ocurre? Filótimo (1) pretende que Pompeyo no está detenido en Carteya (2). Oppio y Balbo me han remitido copia de una carta á Clodio Paduano en que se daba como cierta esta noticia. Filótimo añade que la guerra tiende á prolongarse mucho tiempo aún; pero sabes que Filótimo suele parecerse mucho á Fulvio (3). Comunicame lo que sepas y no olvides decirme lo que haya del naufragio de Caninio.

CARTA XLV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

He terminado aquí dos tratados extensos. El único medio que tengo para sustraerme á mi dolor es el trabajo. Aunque nada tengas que escribirme, como supongo, no dejes de hacerlo aunque no sea más que para decirme que nada tienes que comunicarme; pero dímelo en otros términos. Me regocijan mucho las noticias de Atica; pero no me gus-

(1) Liberto de Cicerón y de Terencia.

(2) En efecto, Cn. Pompeyo estuvo un momento detenido en Carteya por los jefes de esta ciudad, que estaban dispuestos á entregarla á César. pero consiguió escaparse. Carteya era una ciudad de la Bética.

(3) Existía entonces un llamado Fulvio que inventaba noticias favorables á César con tanta facilidad como Filótimo las inventaba favorables á Pompeyo.

ta esa languidez que padeces, aunque, como dices, no sea nada. Me encontraré bien en Túsculo para recibir tus cartas y verte algunas veces; pero bajo otros conceptos me convenía más la permanencia en Astura. Ciertos recuerdos entristecen y aquí son mucho más dolorosos. Pero en último caso, por donde quiera que voy, me acompañan mis pesares.

Por lo que tú me dijiste, llamé á César vecino tuyo. Pero es preferible para mí que le hayan alojado con Quirino á que lo esté con la Salud. Haz divulgar el escrito de Hircio. Opino exactamente lo mismo que tú; se tributará homenaje al talento del autor, pero se burlarán todos del propósito de vituperar á Catón.

CARTA XLVI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Creo que cobraré valor: dejaré á Lanuvio y volveré á Túsculo (1). Como, aunque mitigado, mi dolor subsistirá, debo renunciar para siempre á Túsculo, ó comprender que no hay diferencia entre ir hoy allí ó ir pasados diez años. No encontraré allí más que en otra parte las crueles imágenes que me persiguen día y noche.—¡Cómo! diras, ¿de nada te sirven las letras?—Todo lo contrario; y tal vez sin ellas sería menos sensible, porque su comercio ennoblece el corazón quitándole toda rudeza.

(1) Es verosímil que Tullia muriese en este punto.

CARTA XLVII.

CICERON Á ÁTICO, SALUD.

Hazlo como me escribes, cuando te venga bien. Puedes remitirme dos cartas, y si es necesario iré yo. Consulta, habla á Mustela, como me dijiste. Pero el negocio es muy difícil, y me siento muy inclinado á volver á Clodia. En uno ú otro caso es indispensable que pague Faberio: tampoco perjudicará que hables á Balbo, diciéndole sencillamente lo que ocurre: que queremos comprar, que no podemos sin el dinero que nos debe Faberio, y que no nos atrevemos á arriesgarnos. ¿Cuándo se encontrará Clodia en Roma? ¿cuánto crees que pedirá? Esto me mantiene incierto. Y no es que no prefiera este otro negocio; pero la cosa es importante y la lucha difícil con un competidor ardiente, rico y heredero. En achaque de ardor, no cedo á nadie, pero no cuento con iguales fuerzas en lo demás. Ya hablaremos. Divulga, como lo haces, el libro de Hircio. Me dices de Filótimo lo mismo que pensaba yo. ¿Sabes que tu casa va á ganar mucho teniendo á César por vecino? (1). Espero hoy el regreso de mi mensajero, que me traerá noticias de Pilia y Atica.

(1) Después de la derrota de los hijos de Pompeyo en España, el Senado había decretado que se elevase á César una estatua en el templo de Quirino: estando la casa de Atico en el monte Quirinal, encontrábase vecina al templo, como también lo era del de la Salud.

CARTA XLVIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Fácilmente creo que te guste permanecer en tu casa; pero quisiera saber á qué altura te encuentras y si has concluído. Te espero decididamente en Túsculo, puesto que has anunciado á Tirón tu próxima llegada, añadiendo que la creías necesaria. Cuando te encontrabas cerca de mí, comprendía cuán útil me es tu presencia; desde tu marcha, lo comprendo mucho mejor. Así pues, vuelvo á lo primero: en tu casa ó en la mía, según decida la suerte, porque no podemos vivir separados.

CARTA XLIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Ayer, poco después de tu marcha, personas, al parecer urbanas, vinieron á verme de parte de C. Mario, hijo de Cayo, nieto de Cayo (1). Traíanme una carta en la que, después de largo preámbulo, me pide, á nombre de nuestros lazos de familia, á nombre de aquel Mario de quien yo he escrito, á nombre de L. Crasso, su elocuente abuelo, que acceda á defenderle. En seguida expone el asunto. Le

(1) C. Mario C. F. C. N., así se escribía el nombre de los ciudadanos en las actas, inscripciones, etc. Siendo este Mario un impostor, veterinario de oficio, llamado Herófilo, según Valerio Máximo, parece que Cicerón, sospechando la superchería, le designa así por burla, como también por burla dice á Atico que abogará por él.

he contestado que no necesitaba defensor siendo pariente de César, el hombre mejor y más generoso, omnipotente hoy: sin embargo, que no le faltaría.

¡Qué tiempos en los que un Curcio puede aspirar al consulado! Pero basta de esto. Tirón me inquieta; pero muy pronto tendré noticias tuyas, porque ayer mandé á verle. Al mismo tiempo entregué una carta para tí: te he remitido mi carta á César. Dime para qué día está señalada la venta de los jardines.

CARTA L.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Tanto como me regocijó tu llegada, me ha entristecido tu partida. Vuelve, pues, tan pronto como puedas; es decir, cuando ya no necesite tus cuidados la adjudicación de Sexto (1). ¡Me es tan útil un solo día pasado contigo, y diré más, tan agradable! Iré á Roma solamente por verte; pero hay algo en lo que todavía no estoy completamente decidido.

CARTA LI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Tirón ha regresado antes de lo que esperaba. También está Nicias aquí, y he oído decir que hoy llega Valsio. Aunque son muchos, me encontraré más aislado que si tú estu-

(1) Sexto Pudeceo hacía vender algunos bienes en subasta, y A# co, por amistad, vigilaba la operación.

vieses solo conmigo; mas como el asunto de Pudeceo ha terminado, te espero; muy pronto, dices tú; sí, muy pronto, procura que así sea. Habla á Virgilio: desearía solamente saber cuándo es la venta. ¿Te parece que puedo enviar la carta á César? ¿Qué te diré? Lo mismo pienso yo, tanto más, cuanto que nada he puesto en ella que no sea propio de un buen ciudadano que marcha según la época, siguiendo en esto el precepto de todos los escritores políticos. Sabes que considero indispensable comunicarla primeramente á los nuestros: procura hacerlo así, y si observas que no agrada por completo, no la remitirás. Fácilmente comprenderás si la aprobación es verdadera ó fingida. En cuanto á mí, consideraría la vacilación como censura; pero tú podrás poner las cosas en claro.

Tirón me ha dicho lo que piensas relativamente á Cere-
lia: según tu opinión, no me conviene ser deudor suyo, prefiriendo que pida prestado.

Es necesario tener lo uno y no lo otro. Pero de esto y de otras muchas cosas hablaremos de viva voz. Creo, sin embargo, si no opinas lo contrario, que conviene aplazar el reembolso de Cerelia, hasta que sepa á qué atenerme de mis deudores Milón y Faberio.

CARTA LII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Conoces á L. Montano que partió con Cicerón. He recibido una carta del marido de su hermana. Parece que Montano es deudor de Planco (1), como fiador de Flaminio por

(1) L. Munacio Planco, hermano de T. Planco Burssa. El paso que Cicerón rogaba á Atico diese hacia él, tenía por objeto comprometerle á que renunciase á su proyecto de comprar los jardines de Scápula.

veinticinco mil sextercios. No sé á punto fijo lo que de ti quiere Montano; pero te ruego no te niegues, sea á ver á Planco ó á ayudarle de alguna ú otra manera. Estoy obligado con él. Si tú tienes más noticias ó crees factible la tentativa con Planco, deseo que me lo escribas. Necesito saber de qué se trata y cuál es el objeto de estos pasos. Espero conocer el resultado de tus gestiones en cuanto á mi carta á César. No deseo ciegamente los jardines de Silio, pero es necesario que me hagas ver los de Scápula ó de Clodia. No comprendo tu vacilación en lo relativo á Clodia. ¿Es que no va á Roma, ó que no puede vender? ¿Qué es lo que oigo decir que Spinther se ha divorciado? Me parece mucho atrevimiento en mí tratar este asunto en lengua latina (1). Piensa que el fondo es ajeno, y esto disminuye mucho el trabajo. Solamente tengo que buscar palabras, y en éstas abundo.

CARTA LIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Aunque nada tengo que escribirte, no dejo de hacerlo, porque me parece que hablo contigo. Nicias y Valerio están aquí. Espero carta tuya esta mañana; tal vez reciba otra por la tarde, si tu correspondencia de Epiro te deja espacio, y no quiero yo entorpecerla. Te remito cartas para Marciano y Montano. Deseo que las unas á tu paquete, si no lo has remitido ya.

(1) Alusión á sus obras filosóficas, que se gloriaba de escribir exclusivamente en latín, á pesar de la pobreza de esta lengua en términos de la ciencia filosófica y porque confiaba en triunfar de esta dificultad. Pero el fondo, como él mismo conviene y es cierto, era completamente griego.